



BOGOTÁ

V U E L O A L P A S A D O

Villegas
editores



Contenido

9 Presentación

Benjamín Villegas

11 Introducción

Iván Darío Gómez Guzmán

Director Instituto Geográfico Agustín Codazzi

217 Bibliografía

Año	Vuelo	Página
1935	13	16
1936	46	26
1938	A1 - A2	32
1943	C335	34
1947	C478 - B38	42
1948	B62 - C496 - C503	64
1949	C525	82
1951	B92	86
1952	C619 - C620	90
1956	C769	100
1960	C944 - C945 - R449	102
1965	C1187	110
1966	R631	130
1967	C1202	132
1970	R623 - R624	134
1972	C1415	138
1981	C1991	170
1985	C2200	200

Presentación

Benjamín Villegas

Este libro conjuga la nostalgia del recuerdo con el asombro del descubrimiento.

Yo tendría apenas unos 8 años cuando mi padre —director en esa época del Instituto Geográfico Agustín Codazzi— me invitó a acompañarlo en uno de sus sobrevuelos a la ciudad.

Los aviones de ese entonces eran los de la denominada misión americana, con sus llamativas trompas rojas, sus potentes hélices y sus enormes cámaras.

Ese fue el primero de los muchos sobrevuelos que terminaría haciendo en la vida por culpa de mi oficio, todos inevitablemente consignados en mis libros. No obstante, refundida entre la fantasía y el recuerdo, esta temprana aventura era la única que no había hecho aún el tránsito de la memoria al papel.

Pero seguía ahí, asaltándome una y otra vez con sus visiones. Yo estaba seguro de que los archivos se encontraban en el Agustín Codazzi. Era solo asunto de localizarlos. Y eso sucedió. Comentado el tema, contagiada la curiosidad y compartido el entusiasmo, el Instituto nos abrió de par en par sus puertas. No hubo que buscar mucho. Impecablemente preservados dentro de un orden envidiable y una organización toda prueba, ahí estaban. El tránsito era ahora posible y el Instituto se embarcó con nosotros en la empresa.

Cuando se habla de fotografía aérea de ciudades, se piensa de inmediato en trazados planimetrías, en mediciones y catastros. Esto no es el caso de las fotografías que aquí aparecen. Las naves de aquellos sobrevuelos, si bien equipadas con las cámaras verticales con que se registran los temas mencionados, llevaba

además una cámara móvil que les permitía en algunos casos captar imágenes en ángulos de 45°. De ahí que nos sorprendan con sus perspectivas tan inesperadas como encantadoras de la ciudad.

Organizadas cronológicamente, las 137 imágenes del libro cubren un lapso de cincuenta años —de 1935 a 1985— en una secuencia ajustada, que no da lugar a saltos temporales. En ellas es posible apreciar el vertiginoso y espasmódico crecimiento de la urbanización, formal e informal, que se da entre la ciudad provinciana, que se acerca a las 300 mil almas, y la alucinante capital que se despliega a finales de siglo, hoy próxima a los 7 millones de habitantes. Las diferencias aquí documentadas serían casi imposibles de visualizar de otra forma.

De un extremo a otro el libro se convierte además en un acervo irremplazable e incontrovertible de testimonios sobre el crecimiento de Bogotá y sus costos o ganancias en términos de ecología y ambiente. Y en esto —eso que los entendidos llaman las paradojas del desarrollo y el progreso—, unas son de cal y otras de arena. Estos testimonios nos enrostran la forma tan dramática como perdimos la oportunidad de haber forjado una ciudad maravillosa en el sitio más hermoso del planeta, como pensó García Márquez de la sabana de Bogotá al verla por primera vez. La forma tan alarmante como condenamos sus ríos y sus rondas a la desaparición —esos ríos que habían mirado incrédulos los españoles al llegar. La forma tan irresponsable como permitimos que se secaran sus humedales, abriendo la compuerta a inundaciones calamitosas y tragedias humanas impensadas.

La forma tan displicente como dejamos borrar de su perspectiva grandes zonas verdes y espacios de obvio destino público.

Pero, a la vez, estos testimonios ilustran también la dinámica con que crecieron las redes de movilidad y transporte; la celeridad con que surgieron y se expandieron las distintas urbanizaciones, las direcciones que fueron tomando y las sorprendentes vocaciones que fueron adquiriendo; la repentina elevación de las alturas en el espectro urbano; la aparición y proliferación de las soluciones de vivienda horizontal; la movilización y el desplazamiento de fábricas, colegios, clubes, aeropuertos y hospitales. En pocas palabras, la inagotable capacidad creativa de la capital y su voluntad de superar escollos. De manera indeleble queda registrado en estas páginas el resultado de los esfuerzos desplegados por la ciudad para rescatar sus cerros Orientales, consumidos por una severa deforestación hacia finales del siglo 19 y que hoy, casi por completo, vuelven a exhibir su rica cobertura.

Todo esto nos conmueve y nos afirma en lo profundo de nuestra identidad ciudadana.

Pero hay también otra lectura más individual e íntima de estas imágenes, más cálida, que nos involucra a todos. Esa que nos remite al rincón de la ciudad donde nacimos, a la calle donde patinábamos de niños, al lago donde remábamos en vacaciones, a los potreros donde echábamos cometa o al parque donde jugábamos al fútbol.

Y esa es tal vez la lectura que más nos apasiona por la sencilla razón de que nos inscribe de inmediato en la pertenencia y el afecto.

Páginas 2-3: Centro y nororiente de la ciudad, santuario de Monserrate y cerros Orientales, 1972

Página 4: Calle 26, carrera 30, avenida de las Américas y Centro Administrativo Distrital, 1981

Página 6: Plaza de Ayacucho, carrera 7ª, palacio de La Carrera, Observatorio Astronómico y Capitolio Nacional, 1951

Página opuesta: Centro histórico y plaza de Bolívar, Calle 6ª, barrios La Candelaria y San Cristóbal; cerros Orientales, 1985